



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Minorías y sectas en el mundo romano

Autor:

Marcos, María del Mar

Revista

Actas y comunicaciones del Instituto de Historia Antigua y Medieval

2007, 3



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

*ACTAS Y COMUNICACIONES DEL INSTITUTO DE HISTORIA
ANTIGUA Y MEDIEVAL*

VOLUMEN 3 - 2007

MINORIAS Y SECTAS EN EL MUNDO ROMANO *

MARÍA DEL MAR MARCOS
Universidad de Cantabria

RESUMEN

Breves consideraciones sobre el uso de las fuentes en tres de los grandes heresiólogos de la Antigüedad, Epifanio, Agustín y Filastro, nos dan idea de hasta qué punto el género que me propongo estudiar, la heresiología, es históricamente poco fiable, aunque en esto hay grados. Hay que decir en favor de los heresiólogos que su objetivo no es escribir historia, sino ofrecer al lector un instrumento para identificar la herejía y defenderse de los herejes

ABSTRACT

Brief observations on the use of sources in three of the big heresiologists of antiquity, Epiphanius, Augustine and Filastro, give an idea of how far the genre that I am exploring, the heresiología, is historically unreliable, although this is degrees. It must be said in favor of heresiologists his goal is not to write history, but offer the reader a tool to identify and defend heretics

PALABRAS CLAVES

Minorías – heresiología – Epifanio – Agustín – Filastro

KEY WORDS

Minorities – heresiology – Epifanio- Augustine- Filastro

Fecha de recepción: mayo 2007

Fecha de aceptación: mayo 2007

Introducción

Quid faciat haereticum?
 “¿Qué es lo que hace a uno ser hereje?”
 (*Quid faciat haereticum?*), “
 ¿Cómo debe ser definido el hereje?”
 (*Quomodo sit definiendus haereticus?*)

A estas preguntas quiso responder Agustín de Hipona (354-430) al final de su vida con un tratado sobre la figura del hereje (*De haer.*, prol. 7). Hacía años que había pensado en escribir un gran tratado sobre la naturaleza de la herejía, pero la consciencia de la magnitud de la empresa le había hecho desistir: “lo habría hecho – escribe- de no haber caído en la cuenta de que excedía mis propias fuerzas al considerar con cuidado la calidad y la extensión de un trabajo semejante” (*De haer.*, prol. 1). Si Agustín de Hipona no estaba en condiciones de definir al hereje, ¿quién podría hacerlo? Él era uno de los teólogos más cualificados de su tiempo. Había dedicado gran parte de su vida, como presbítero primero y como obispo después, a polemizar con los grandes enemigos del catolicismo norteafricano (donatistas, maniqueos, arrianos y pelagianos), había escrito también un buen número de tratados y cartas contra los paganos y alguna invectiva contra los judíos. La mayor parte de la obra de San Agustín es, en realidad, de carácter polémico y apologético: más de ciento cincuenta de sus tratados están dedicados a defender la fe católica y mostrar los errores de sus adversarios¹.

En el año 428, poco antes de morir, Agustín se dispuso a afrontar este trabajo, atendiendo a los ruegos de un diácono de Cartago, llamado Quodvultdeus, que en dos ocasiones le había pedido que escribiera sobre (cito literalmente) “qué herejías ha habido y hay desde que la religión cristiana recibió el nombre de la herencia prometida, qué errores han inspirado e inspiran, qué han sentido y sienten (los herejes) frente a la Iglesia católica acerca de la fe, de la Trinidad, del bautismo, de la penitencia, de Cristo-hombre, de Cristo-Dios, de la resurrección, del Nuevo y Antiguo Testamento, y absolutamente todos los puntos en que (los herejes) disienten de la verdad” (...) (Aug. *Ep.* 221, 2). Quodvultdeus está pidiendo una respuesta a los grandes temas de debate del cristianismo antiguo, que han recorrido luego, en distintos momentos, la Historia de la Iglesia. Consciente él mismo de lo difícil que era responder a todas estas cuestiones, no pide a Agustín un tratado exhaustivo, sino una exposición sumaria de las opiniones de cada herejía y las ideas que la Iglesia consideraba que había que enseñar a un nivel básico, suficiente para la instrucción. Esto es, pedía un manual de herejías, práctico para discernir entre lo que era aceptable y lo que debía evitarse, entre lo ortodoxo y lo herético, destinado a los fieles y a los presbíteros, poco cultivados, de la iglesia de Cartago.

Agustín no tuvo tiempo de escribir su tratado sobre *qué es lo que hace a uno ser hereje*, pues murió antes, pero sí de publicar el trabajo preparatorio: un catálogo de 88 herejías, que abarca desde la muerte de Jesucristo hasta su tiempo. Esta obra, el *De haeresibus*, tuvo mucho éxito en la Edad Media, con unos 80 manuscritos conservados, y sabemos que sirvió para inspirar otras del género², (entre ellas, por ejemplo, el libro VIII de las Etimologías de Isidoro de Sevilla, que sigue a Agustín en muchos párrafos literalmente).

El *De haeresibus* no es una obra original. Al contrario, Agustín utilizó extensamente dos tratados de iguales características que el suyo, que cita: uno compuesto unas décadas antes (entre el 380 y el 390) por Filastrio, obispo de Brescia, en el norte de Italia, en el que éste recopilaba 156 herejías³ y otro de Epifanio, obispo de Salamina, escrito un poco antes (hacia el 374-375) en griego, donde se recogen 80 herejías. Mientras que no conocemos el título exacto del tratado de Filastrio – se le llama normalmente *Diversarum hereseon liber* (Libro de las diversas herejías), Epifanio dio él mismo un título a su catálogo, le llamó *Panarion* (“botiquín”)⁴, una obra muy

* El presente trabajo ampliado corresponde a la ponencia presentada en el Foro de Historia, Religión y Sociedad “Tolerancia e Intolerancia Religiosa. Ayer y Hoy” organizado por el Instituto de Historia Antigua y Medieval en Buenos Aires los días 16 y 17 de Mayo de 2007 y en III COLOQUIO DE AIER (Madrid, 1 de diciembre de 2005)

¹ Entre los muchos estudios de la vida y la obra de Agustín de Hipona, sigue siendo fundamental P. Brown, *Agustín de Hipona*, Ed. Acento, Madrid 2003. El tratado *De haeresibus* citado, así como las cartas intercambiadas entre Agustín y el diácono Quodvultdeus, están editados y traducidos por T. Calvo Madrid y J.M. Ozaeta León, *Obras completas de San Agustín XXXVIII*, BAC 512, Madrid 1990.

² El obispo Primasio de Hadrumentum (a. 553) compuso tres libros sobre *Las Herejías* ampliando el *De haeresibus* de Agustín, según informa Isidoro de Sevilla, *De vir. Ill.* 9.

³ Ed. Trad. G. Banterle, *Scrittori del 'area Santambrosiana*, 2 vols. Ed. Città Nuova, Roma-Milán 1991.

⁴ Ed. K. Holl, *Texte und Untersuchungen* 36, 2, Leipzig 1910. Trad. F. Williams, *The Panarion of Epiphanius of Salamis*, 2 vols., Leiden: Brill, 1994 y 1997 (incluye *Anacefalaiosis*).

voluminosa (1.500 pág. en la edición de Holl y unas 1.000 en la trad. reciente de Frank Williams en Brill), una obra concebida, como explica el autor en el prólogo, “como una caja de medicinas para las víctimas de la mordedura de las bestias salvajes” que son los herejes⁵.

La gran disparidad del número de herejías recogidas en sus dos manuales de referencia (156/80) pone a Agustín en guardia acerca de los riesgos de definir la herejía. Claramente, dice, Filastrio y Epifanio no tenían la misma idea de lo que es una herejía (*Ep.* 222, 2). En realidad, como hoy está de acuerdo en admitir la crítica, ni Epifanio ni Filastrio fueron muy escrupulosos en su método de trabajo. Epifanio era un monje fanático, niceno radical y obsesionado con la herejía, que adaptó el número de su catálogo al de las 80 concubinas que menciona el Cantar de los Cantares (6, 8-9), a quienes vence la única esposa de Cristo, la Iglesia (católica). Epifanio utiliza tres tipos de fuentes, que él mismo menciona: las obras de autores anteriores, narraciones orales y su propia experiencia (*Proem.* II, 2). Y, a pesar de que se manifiesta, cito literalmente, “confiado en que puede proporcionar una narración completa y fiel de las sectas y cismas” que va a exponer, sabemos que eso era más un deseo que una realidad. La obra de Filastrio, por otra parte, inspirada en la de Epifanio, es de peor calidad que la de éste, como sabe Agustín (*Ep.* 222, 2), quien dice no fiarse mucho de Filastrio, pero una buena parte de su tratado está copiada de él⁶. Agustín mismo no hizo una labor profunda de investigación para escribir el *De haeresibus*. Sus fuentes son limitadas (Filastrio, Epifanio y Eusebio de Cesarea, básicamente, aparte de su experiencia personal⁷) y además comete una equivocación de partida: cree que está utilizando el Panarion de Epifanio y, en realidad, el texto que tiene delante es una versión abreviada de éste, la *Anacephaleosis* (*Recapitulación*), escrita en griego, una lengua que no domina (cf. *De haer.*, Praef. 5)⁸ (Filastrio copió a Epifanio, pero dominaba el griego) No obstante, Agustín es un autor honesto. Trata de contrastar sus fuentes y reconoce que no lo ha leído todo. Por ejemplo, dice que ha oído hablar de que San Jerónimo escribió sobre las herejías, pero no ha podido encontrar su opúsculo en la biblioteca, ni sabe dónde puede adquirirlo (*De haer.*, 88). La obra a la que se refiere es el *Indiculus de haeresibus*, que, aunque se le atribuía entonces, no es obra de Jerónimo.

Estas breves consideraciones sobre el uso de las fuentes en tres de los grandes heresiólogos de la Antigüedad, Epifanio, Agustín y Filastrio, nos da idea de hasta qué punto el género que me propongo estudiar, la heresiología, es históricamente poco fiable, aunque en esto hay grados. Hay que decir en favor de los heresiólogos que su objetivo no es escribir historia, sino ofrecer al lector un instrumento para identificar la herejía y defenderse de los herejes. Son textos polémicos – de hecho la heresiología nace a la par que la apología: la apología va destinada a defenderse contra los de fuera, los paganos, y la heresiología contra los enemigos internos, los disidentes, los herejes. Algunos de estos tratados, sobre todo los más tardíos, son auténticas enciclopedias históricas de la herejía, pero, como digo, su propósito es otro: es didáctico y práctico y la información que contienen está supeditada a este fin. La literatura antiherética es más una construcción discursiva que el reflejo directo de cuestiones suscitadas por los herejes, y como tal, como la construcción de un discurso, debe leerse. Es además un género muy estereotipado y muy poco independiente. Los autores más modernos dependen de los más antiguos, tanto que obras originales hoy perdidas, como el *Syntagma* de Justino, de mediados del siglo II, o el *Syntagma* de Hipólito de Roma, se pueden reconstruir gracias al uso intensivo, al expolio, que otros autores hicieron luego de ellas. Este carácter estereotipado, que resta a los tratados de heresiología, sobre todo a los más tardíos, calidad histórica, los hace, sin embargo, valiosísimos para el tema de esta ponencia: de ellos se puede extraer un retrato-robot del hereje, cuyos rasgos fundamentales se encuentran en la primera generación de heresiólogos, de mediados del siglo II a mediados del III, durante el período de combate más duro contra el gnosticismo. Mientras que las herejías son muy variadas (las hay cristológicas, trinitarias, escatológicas, que tienen que ver con el valor de las Escrituras y la tradición, con los sacramentos, el calendario, con cuestiones rituales, morales, etc.) y su número va aumentando con el tiempo, el perfil del hereje es, en su esencia, intemporal, aunque se va enriqueciendo en matices con el paso del tiempo.

⁵ En realidad Agustín, que tenía muchas dificultades para leer griego, utilizó una versión abreviada de este segundo tratado (*Anacephalaiosis*), que circulaba independientemente de él, creyendo que era la versión original (cf. *De haer.*, prol. 6).

⁶ Cf. *De haer.*, 41, 45, 53, 57, 67, 71, 80, 81.

⁷ Para las fuentes del *De haeresibus*, BAC 512, pp. 16-20.

⁸ Acerca de su conocimiento limitado del griego, él mismo indica que una traducción del Panarion al latín, que podría hacerse fácilmente en Cartago, además de útil para Quodvultdeus, también lo sería para él (*Ep.* 222, 2).

El perfil del hereje aparece delineado en la primera generación de heresiólogos. El género⁹ nace a mediados del siglo II, cuando el cristianismo se distancia del medio sociológico judío y sobre todo cuando comienza la reflexión teológica en respuesta al gnosticismo. Su inventor fue Justino, pero su obra, *Syntagma*, como he dicho, se ha perdido y también la obra heresiológica de su contemporáneo Hegesipo (*Hyponémata*), de cuyo contenido informa Eusebio de Cesarea. Queda prácticamente completo el *Adversus haereses* de Ireneo de Lyon (c. 185) en una versión latina del siglo IV; también se ha conservado la mayoría de los *Philosophumena* o *Sistemas filosóficos* del Pseudo-Hipólito y queda completo el *De praescriptione haereticorum* de Tertuliano, el tratado menos elaborado de todos ellos y también el más agresivo. El *De praescriptione haereticorum*, escrito en torno al año 200, es el primer tratado heresiológico en latín y el primero también que dedica una parte monográfica a definir al hereje a través de su conducta (*De preaes.* 41-43).

El género cae en desuso cuando el gnosticismo entra en crisis, a mediados del siglo III, pero revive con fuerza en las últimas décadas del siglo IV y las primeras del V, cuando las confrontaciones dentro de la Iglesia se agudizan y las leyes persiguen toda disensión del credo imperial¹⁰. A estos años pertenecen los tratados de Epifanio, Filastro, y pseudo-Jerónimo, Agustín, Teodoreto de Ciro (autor de una obra en cinco libros titulada *Haereticorum fabularum compendium*, una breve descripción de todas las herejías, desde Simón Mago hasta Nestorio y Eutiches, seguida de una síntesis de la ortodoxia), *Praedestinatus*, una obra anónima que enumera 90 herejías, que depende en parte de Agustín, añadiendo noticias falsas e historias fantásticas. Y luego pervive en los siglos VI y VII, con el *Breviarium causae Nestorianorum et Eutychianorum*, obra del diácono cartaginés Liberato, una breve historia de las herejías hasta su tiempo; el libro VIII de las Etimologías de Isidoro de Sevilla; a finales del VII el *De haeresibus* de Juan Damasceno, en griego, que recoge 103 herejías y depende de Epifanio y Teodoreto de Ciro. Aunque la tradición continúa en la Edad Media (recientemente se ha publicado un libro sobre esto *Inventer l'héresie? Discours polémiques et pouvoirs avant l'Inquisition*, Niza 1998), podemos decir que después del Concilio de Calcedonia del 451 la ortodoxia está fijada y el catálogo de las herejías mayores queda ya establecido. Estos tratados tardíos dependen estrechamente de los anteriores (Epifanio depende de Justino, Ireneo e Hipólito, para las herejías más antiguas) y pierden mucho en calidad con respecto a ellos: presentan listas y descripciones breves y esquemáticas de las herejías, inventan nombres para nuevas desviaciones e hinchan mucho su número, incorporando herejías a veces ridículas. Pero esto tiene una explicación: la Iglesia está en el poder y la segunda mitad del siglo IV y V fueron tiempos de duros combates entre facciones eclesiásticas. Es ahora cuando se agranda el perfil del hereje y cuando se magnifica su amenaza para la unidad de la iglesia. Cuantas más herejías, más frentes de combate abiertos; cuanto más variados los herejes más difícil reconocerlos e identificarlos para aniquilarlos. Más necesarios los catálogos.

* * *

Los tratados de heresiología presentan una estructura semejante en la ordenación de la información: se menciona la herejía por el nombre del fundador, se expone su contenido, se refuta y a veces se incluye una profesión de fe. Los prólogos son especialmente interesantes para reconstruir el prototipo del hereje. Todos los heresiólogos parten de un principio: la oposición entre la verdad y el error. Sólo existe una fe verdadera, una verdad original “que la Iglesia ha recibido – cito literalmente a Ireneo- de los Apóstoles y transmitido a sus hijos”. Escritura y tradición son el patrimonio de los que poseen la verdad, de la ortodoxia. Y no hay espacio para interpretaciones. Tertuliano es en esto tajante: al cristiano, dice, no le está permitido introducir nada nuevo por su propio arbitrio. La sentencia de Mateo 7, 7, “Buscad y encontraréis” no está dirigida, dice, a los cristianos, sino a los judíos. Los cristianos no tienen necesidad de curiosidad (*curiositas*) después de Cristo. *Curiositas* y *novitas* son dos características de la *perversitas* herética. Los herejes, dice Ireneo, no tienen ni siguen la Tradición, carecen de una línea de sucesión apostólica: todas las herejías son de reciente formación y eso ya de por sí las descalifica. Vemos aquí la importancia del criterio de tradición como un sello de autenticidad. Es garantía de la validez de una religión, y esto no es sólo una idea cristiana, sino que sirve en los sistemas religiosos greco-romanos y en el judaísmo.

Al hereje lo define, en primer lugar, el haber hecho una elección arbitraria. Aquí Tertuliano, por ejemplo, juega con el término *hairesis*, de donde procede herejía, una palabra que en su acepción original significa “elección” y que, técnicamente, se aplicaba a la elección de una tendencia o una escuela filosófica; los cristianos trasvasaron esta

⁹ F. Oehler, *Corpus haeresiologicum*, 3 vols., Berlín 1856-1861.

¹⁰ Vid. J. McClure, “Hadbooks against heresy in the West, from the Late Fourth Century to the Late Sixth centuries”, *JThS*, n.s. 30 (1979), pp. 186-197.

acepción a las sectas cristianas, cargándola de connotaciones peyorativas. Para los primeros heresiólogos, como Justino e Hipólito, las herejías se asimilan a las escuelas filosóficas, de las que son una variante y a las que plagian. De ahí que, con frecuencia, los tratados antiheréticos recojan herejías anteriores al cristianismo. Por ejemplo, en el de Hipólito se enumeran como herejías las escuelas filosóficas griegas, bárbaras, egipcias, caldeas, babilónicas, judías y, finalmente, las de tiempos cristianos – 33 sectas gnósticas. Y también es así en muchos catálogos tardíos. La pasión por la magia, la astrología, y los números, que son rasgos también definitorios del hereje, lo toman los herejes, según Hipólito, de los sistemas filosóficos paganos.

Toda herejía supone una interpretación errónea de la Escritura. Pero no se es hereje si se es inocente. Agustín dirá que quienes han nacido en la herejía, no deben ser considerados seres execrables; no son responsables, porque no han hecho una elección (*hairesis*). El hereje es quien, como instrumento del diablo, falsifica la Escritura conscientemente, con alevosía, y enseña sus doctrinas novedosas con artimañas (es muy común la imagen del hereje como ‘lobo con piel de oveja’). Los herejes son enemigos de la verdad, falsos maestros, que capturan a los ignorantes con una retórica cuidada y los llevan a la perdición. De ahí que entre sus seguidores, a veces incluso entre sus maestros, abunden las mujeres. Son éstos, como se aprecia enseguida, argumentos de descalificación muy semejantes a los que los paganos, como Celso, hacían del cristianismo: una religión de esclavos, mujeres y niños. La lista de acusaciones y calificativos de carácter peyorativo para los herejes es muy larga: son misteriosos, enseñan ocultamente, son blasfemos y enfermos mentales: la herejía como *insania* (locura), como *pestilentia*, enfermedad contagiosa, o como *venenum*, aparece muy a menudo en las fuentes); los herejes son escorpiones y serpientes; son hipócritas y orgullosos, tienen una vida libertina, no hay entre ellos jerarquía (no reconocen la autoridad de los obispos y otros órdenes eclesiásticos), son lascivos, corruptores de mujeres, etc.

Los herejes están en el abismo del error y todos morirán en el infierno. Pero los heresiólogos no están demasiado preocupados por eso, o, mejor, esa no es su principal preocupación. Algunos tratados antiheréticos, como el de Ireneo de Lyon, van destinados a también los herejes, para convencerlos y para que se salven. Pero no todos pensaban los heresiólogos pensaban lo mismo: Tertuliano mantiene que hay que rechazar al hereje y apartarse de él y muchos autores tardíos están de acuerdo. Un católico radical, demasiado radical, como Lucifer de Cagliari, escribe a mediados del siglo IV dos tratados *De non conveniendo cum haereticis* y *De non parcendo in deum delinquentibus*, donde mantiene que no se debe tratar con los herejes ni perdonar a los que pecan contra Dios. Agustín de Hipona es más caritativo: hay que salvar a los herejes y, si no se dejan, obligarlos a volver a la ortodoxia mediante la coerción; se justifica así la intervención del poder civil y el uso de la violencia. Si a los heresiólogos les preocupan los herejes es, sobre todo, porque son proselitistas y tienen éxito. Como dice Ireneo, al principio de su obra, ‘el hereje habla como nosotros’: es un enemigo interno. Tertuliano escribe su tratado para rebajar el enorme poder de los herejes (compara la lucha contra la herejía con la lucha contra la fiebre), y por ello trata de hacer del hereje ‘uno de fuera’. La tesis de su tratado es esta: los herejes no son dueños de la Escritura, no son cristianos. Igualmente Hipólito trata de situar al hereje afuera: le llama *klepsilogos*, ladrón de palabras, plagiaro de la sabiduría griega.

Este era el gran problema, el enemigo interno, contra quien la Iglesia no ha dejado nunca de combatir. Los herejes, sin embargo, han hecho mucho bien a la Iglesia. A la disensión y al conflicto se debe el nacimiento del debate doctrinal, la formación de la ortodoxia y el fortalecimiento de lo que Orígenes llamó la Gran Iglesia. Hoy ya sabemos que no existió una ortodoxia original, a partir de la cual se define la heterodoxia, sino que, al contrario, la heterodoxia está en el origen de la formación de la ortodoxia. Pero este es un debate largo y hoy ya superado.

Voy a concluir.

Muchas de las acusaciones que se hacen al hereje en la Antigüedad no son originales del cristianismo: pertenecen al acervo común clásico de la descalificación del otro, del rival. Hay, no obstante, algunas connotaciones específicamente cristianas. La imagen negativa del hereje en los primeros tratados heresiológicos está influenciada por el lenguaje del Antiguo Testamento para calificar a los enemigos de Yahvé y, de forma más directas, por la apocalíptica cristiana antigua, que demoniza a los adversarios de las comunidades, a los falsos profetas y a sus seguidores. Este es un tema que está todavía por explorar. Para ser justos, acabaré diciendo que aquéllos a quienes los primeros heresiólogos calificaron de herejes, los gnósticos, utilizan unos conceptos y un lenguaje muy similar para descalificar a sus rivales. El Apocalipsis de Pedro, un texto gnóstico datado a mediados del siglo III, en el Pedro narra una revelación de Jesús acerca de su pasión y muerte, contiene una fuerte polémica contra grupos adversarios, entre ellos los que hoy llamamos ortodoxos. Estos son acusados de creerse en

posesión de la verdad, aunque están en el error; intentan desviar a otros de la recta gnosis (del conocimiento verdadero), creen erróneamente que fuera del grupo no hay salvación posible y están condenados a la perdición, pues el diablo los desvía del camino recto. Su doctrina es una imitación de la verdadera, la gnóstica y comercian con las auténticas palabras del Salvador; son ciegos y guían a otros ciegos, tienen una jerarquía vana, obispos y diáconos. Los gnósticos son los depositarios del conocimiento, los hijos de la Luz, la comunidad verdadera.

Es verdad que la voz de los herejes apenas se puede oír, pues sus escritos rara vez han llegado hasta nosotros. Pero cuando la oímos no suena muy diferente a la de sus acusadores.